

Tenían razón para sonreír. Era aquello un triunfo de su colectiva vanidad; otro éxito en la lucha de rivalidades y orgullos que mantienen siempre, entre sí, las diversas órdenes monásticas, creadas para la humildad y la mansedumbre.

En las Cuevas



En las Cuevas

Estar de inquilino en el *hostal* de Collbató y negarse á visitar *Las cuevas*, hubiera sido darle un puñetazo á la costumbre y hacer un desaire á mis huéspedes, que reiteradamente me invitaban á emprender la excursión.

No comprendían ellos como yo prefería á realizarla perderme entre los espesos pinares de ningún viajero favorecidos, pasearme en los huertos y sembrados próximos, trepar por las sendas que conducen á la montaña ó internarme en las revueltas y pendientes calles del pueblo, el cual pueblo, merced á la arquitectura de sus edificios parece mahometano aduar y gracias al vestir de sus habitantes atávica tribu protegida contra la

civilización por los arrogantes picachos del Bruch.

Recuerdo que en una de mis expediciones á ese Bruch histórico apedrearon nuestra tartana. Conviene advertir que mis compañeros y yo vestíamos trajes blancos, calzábamos bota-polainas y cubríamos nuestros cráneos con gorras de amplísima visera apendizadas con cogoteras de piqué.

Debieron tomarnos por los invasores. A cuatro ó cinco damas que nos acompañaban trajeadas de colorines y sombrerotes incommensurables las tomaron indudablemente—espejismos de la distancia—por los pendones del invasor ejército.

Digo esto en disculpa de los indígenas. Aún no me explico como alguno de ellos recordando las tradicionales consejas no puso en práctica, parodiándola la aventura heroica del tambor.

Preciso fué rendirse á las intancias de *Peret*; y una mañana echamos monte arriba en busca de *Las cuevas*, cuya entrada se dibuja sobre el plano gris de una roca como gigantesca calavera donde hacen oficio de órbitas las dos oquedades que conducen á las entrañas del Monserrat.

El camino de *Las cuevas*, es pintoresco; en ocasiones arriesgado.

A sus comienzos el valle extiende su hermosura ante el viajero, como hembra fácil hacia quien basta alargar la mano para conseguirla. Los árboles parecen llamarnos con el balanceo de las ramas al fresco disfrute de sus sombras; los bosquecillos se abren como alcobas, las hierbas se tienden como lechos; el aire huele á fruta, las sendas se dibujan entre canastillos de flores...

De pronto, al revolver de una cerca, el camino cambia; se torna agrio, duro, temible.

Senderos angostos que se deslizan sobre abismos; escalones abiertos á pico en la roca; escaleras de tramos inseguros; rampas donde resbala el pie y los ojos vacilan; arriba las salientes de Monserrat remedando pillos de acero; abajo el valle ofreciéndose, no como hembra fácil, como cortesana caprichosa y cruel que ha puesto su lecho en el fondo trágico de un abismo al que es necesario lanzarse para poseerla; enfrente la calavera blanca, la entrada principal de la gruta, destacándose como un heraldo de la muerte sobre el plano gris de la roca. He aquí la segunda etapa del viaje.

Una vez arriba, se toma asiento en cualquiera de los bancos rústicos que se alzan junto á los dinteles de la cueva; descansa uno cuanto le viene en gana apurando una ga-

seosa ó media copa de aguardiente; empuja el gufa una verja de hierro, baja seguido por el visitante cuatro ó seis escaleras, enciende una tea, y el curioso se tropieza con las cuevas de Collbató.

Declaro que las tales cuevas producirán á quien no haya visto otras en su vida una medianeja impresión; á quien conozca otras, se la producirá, no diré nula, pero sí insignificante, de esas impresiones que nos hacen encojer los hombros y murmurar con desencanto. ¡Bah!... No valía la pena de venir.

Aquel boquete, aquellas enormes cánulas metidas en la carne de Monserrat para estudiarle interiormente no favorece la reputación del titán. A no ser por la historia triste y heroica de un hombre que primero buscó nido en ellas para ocultarse de los franceses á quienes combatía en defensa de Fernando VII, y más tarde hizo refugio de ellas para evitar las persecuciones de Fernando VII, cuyos adoradores tuvieron la honra de fusilar por negro al inocente patriota, no tendrían las cuevas atractivos de ninguna especie.

Yo mirándolas, invocaba el recuerdo de semejantes expediciones más el espectáculo de otras cuevas visitadas por mí y á modo de mujer hermosa traída á la memoria por la vista de un mal retrato aparecíame ante

los ojos de mi imaginación las famosas cuevas del Drach, tesoro de belleza que cubre con su manto azul el mar de Mallorca.

Pocas veces he experimentado impresión tan honda como la que me produjo aquella visita.

Al salir de la cueva, la luz del sol que se hundía en el mar cubriéndolo de tintas violáceas y reverberaciones rojizas me hizo guñar los ojos. Tenía aplastado el cerebro. La contemplación de aquella belleza desconocida, nueva absolutamente para mí, me produjo el efecto de un puñetazo en el cráneo; las ideas saltaban dentro de él dislocadas, confusas, atropellándose las unas á las otras, sucediéndose vertiginosamente, sin orden, sin disciplina, sin concierto, como un ejército que se desbanda. Un mundo de impresiones se alzaba en mi imaginación, pero un mundo no hecho aún, mundo donde todo andaba revuelto, en pleno caos.

Si alguien me hubiese preguntado entonces: «¿qué le parecen á usted las cuevas del Drach?», le hubiese respondido: «No sé.» Recuerdo que Manuel Paso, mi compañero de excursiones, me dirigió algunas palabras... yo le respondí: Déjame, no me hables; no puedo hablar; tengo el pensamiento rendido.

Así era en efecto; acababa de recibir una

violenta sacudida. La naturaleza, la hembra sublime, siempre desflorada y siempre virgen, se había entregado á mí una vez más, y yo, luego de gozarla, de hacerla mía, de sentir en toda su intensidad brutal el espasmo nervioso del deleite, experimentaba ese cansancio, esa laxitud, ese amodorramiento, ese desplome absoluto del organismo que sigue al placer de la posesión.

¡Las cuevas del Drach!... Un mundo pequeño construido en las entrañas de la tierra por una gota de agua. Mundo silencioso, sombrío, mudo, ciego; *in pace* gigantesco donde la voz humana es un insulto y la luz del guía un desacato. Mundo que vive en lenta y perpetua gestación, en crecimiento imperdurable, en labor constante, en remozamiento continuo, que tiene bosques y campos y montañas y ciudades y calles y edificios y templos, sin que á su creación haya contribuido más que un artífice, la gota de agua; gota de agua que resbala dulce y pausadamente por la superficie de la estalactita y queda suspendida de ella como una lágrima, para caer luego con ruido de beso juvenil en las aguas dormidas de aquellos lagos siempre inmóviles, faltos de luz que los colore y de viento que los sacuda.

Este mundo formidable y siniestro, her-

moso y temible, se nos entregaba de un modo fantástico. Tan pronto surgía enfrente de nosotros, iluminado por las torcidas de manganeso, que el guía quemaba sin avisar á nadie, como se ocultaba en la sombra para resurgir á los pocos segundos y volver á ocultarse después... Era la suya una visión intermitente, un paso brusco del deslumbramiento á la ceguera, un espectáculo sólo comparable al que ofrece la costa cercana vista desde las bordas del buque en una noche de tempestad, cuando se avanza entre tinieblas, sin ver nada, y un relámpago, abriendo impensadamente las nubes, nos lo muestra todo de golpe, el mar, el cielo, los montes, las llanuras, el dibujo caprichoso del caserío, el perfil granítico de las iglesias... todo, sólo que todo se borra también de golpe, todo desaparece de súbito, todo se hunde en el abismo de la noche negra, haciéndole á uno preguntar-e con asombro y con miedo: «¿He visto lo que he visto, ó no?»... Y uno duda y vacila, y acabaría por decir, «no, no he visto nada», si el faro del puerto brillando en la obscuridad como un grito de luz, no nos dijera: «Has visto bien; esta es la costa. Aquí la tienes».

Tampoco hubiéramos creído, cuando nos envolvía la sombra, en la realidad de aquella

estupenda visión subterránea, á no brillar delante de nosotros el farol del guía como una esperanza que nos gritaba: «¡Un poco de paciencia! ¡Aguardad y veréis más, mucho más y más bello que lo que lleváis visto!»

Y veíamos más... ¡siempre más!... ¿Qué veíamos? Una maravilla ¡Trabajo portentoso el realizado por las gotas de agua en el subsuelo de nuestra vivienda común!... Esta galería era una calle inmensa, donde se alineaban edificios enormes, en cada uno de los cuales había dejado su huella y su fórmula una arquitectura religiosa distinta... Aquí un templo griego medio arruinado, con sus esbeltas columnatas, con su elegante pórtico, con su gallardo peristilo; al lado suyo, una fachada gótica, con sus ventanas ojivales, con sus arcadas severas, con su afán perpetuo de elevarse á la altura y de convertir la piedra en oración; junto á ella un trozo de idolatría mejicana, confundiendo las líneas de su dibujo semisalvaje con el de la vivienda jeroglífica de un sacerdote egipcio, á la que se unían los fragmentos colosales de una pagoda india despanzurrada. Enfrente una capilla del Renacimiento; donde estalactitas y estalacmitas se burlaban de los artistas de la época, combinándose con las más elegantes y airosas combinaciones geométricas que

imaginarse puedan; cerca un apunte de iglesia románica; más lejos el esbozo de una catedral bizantina; más lejos aún espesobosque de arcos semicirculares, sostenidos por columnas bajas y caladas, que evocaban las mezquitas donde sueñan los árabes con su paraíso lascivo y carnal; y al término de la galería, al desembocar en ancha plazuela, aparecía la arquitectura romana, sola, con sus templos, con sus palacios, con sus acueductos, con su circo, desde cuyas gradas el pueblo reverenciaba al César, al Dios hecho carne de la religión del despotismo... Sola estaba como si el orgullo del pueblo que la dió vida, que dominó la tierra, hubiese llegado debajo de la tierra también á pedir un puesto de honor, en el que reinase como soberana única, sin rivales, ni copartícipes. Era aquello que yo veía algo así como un juicio apocalíptico de la madre naturaleza, que había llevado á la barra á todas las religiones para encerrarlas y confundirlas por sus desaciertos en una mazmorra, donde tuvieran que mirarse y combatirse los dioses cara á cara.

Las mismas arquitecturas, más en pequeño, se esbozaban entre los huecos libres de la vía monumental, formando callejas retorcidas que se perdían en la sombra. Una

ciudad entera cuyos límites se desvanecían en el fondo siniestro de negruras inexploradas.

Y tras de la ciudad el campo con sus montañas esqueletoideas y sus abismos amenazadores, con sus bosques donde todos los árboles se mezclaban constituyendo una flora loca, en cuya formación hicieron las gotas de agua el papel de sembradores borrachos, arrojando al azar y brotasen como brotasen, las simientes de todos los climas. Los pinos se enroscaban con las palmeras, las palmeras con los sauces, los sauces con los olivos, los olivos con los plátanos, las encinas con los bambúes, el roble con el sándalo, el naranjo con el ébano, el espino con el cañaverál... ¡Promiscuidad inaudita y sublime!

Al término del bosque aparecía la llanura con su espléndida vegetación. Tan pronto era ésta un grupo de estalactitas que se extendían en multitud finísima como brotes de hierbas jugosas, como un cuadro extenso de verdura, ó un campo de trigo con sus tallos flexibles y sus espigas repretadas, ó un viñedo con sus sarmientos retorcidos, ó un maizal con sus apopléticas mazorcas... Sólo que por un fenómeno rarísimo, por una nueva extravagancia de los sembradores borrachos, la vegetación estaba invertida; no bro-

taba del suelo sino del techo resquebrajado de la cueva.

La visión no terminaba aún; seguía hacia adelante variando siempre. Y cuando se perdió la ciudad en la sombra, cuando los montes desaparecieron y los bosques se achicaron en la lejanía, y las vegetaciones de los valles fueron haciéndose más raras hasta convertir la cueva en un erial... cuando creíamos que el espectáculo terminaba, cuando envueltos de repente por la obscuridad pensábamos en la vuelta, oímos la voz del guía que gritaba: ¡Atención, señores!...

La luz intensa del manganeso ofreció á nuestros ojos el espectáculo de un mar dormido, silencioso, sin olas, inmóvil, transparente, pero de una inmovilidad perfecta, de una transparencia vaporosa; mar diáfano, apenas coloreado por una ligera tinta verde, de un verde pálido, moribundo, anémico, imposible de describir. Si el color muriera y pudieran apoderarse de él las palideces de la muerte, entonces sí, entonces podrían describirse las tonalidades de este mar, diciendo que el color verde había muerto, y con las palideces de su cadáver se había teñido aquel cristal clarísimo formado en el transcurso de los siglos con gotas de agua espiritualizadas por la constancia y por el trabajo, limpias

de toda impureza, cernidas antes de caer allí por el cernedor implacable de la estalactita.

Allí, descubriéndonos su fondo con franqueza de virgen, estaba el mar del mundo que habíamos visitado; mundo al que no faltaba nada, ni habitantes siquiera, que su pacienzudo creador le había dotado de ellos, colocando en la ciudad figuras borrosas de hombres y mujeres sentados á la puerta de los edificios, plantados en medio de las calles, acostados entre las verduras de la campiña; de animales salvajes que dormían en medio del bosque, de aves desconocidas que se aferraban á las ramas de los árboles ó aparecían por entre las hojas; de insectos suspendidos sobre las espigas ó sobre las flores de los campos sembrados en la bóveda irregular de la cueva... No; nada faltaba en aquel mundo, hecho á semejanza del nuestro, sólo que todo estaba como momificado, viviendo dentro de una tumba.

Tan soberano desbordamiento de paisajes de piedra, era contemplado por nosotros ó con mudo asombro ó con frases de admiración. Y con nuestro respeto, con nuestro profundo acatamiento, con nuestra actitud reverente y humilde, formaba contraste de-

licioso el despreocupado ir y venir del guía, su charla franca, el chispeante regocijo de su alegre carácter, más alegre entonces gracias á algunas copas de rom que le habíamos hecho beber. Como Pedro por su casa andaba el *payés* mallorquín por aquellas crujías de sombra, mofándose de todo, poniendo á cada cosa un mote, tratando tú por tú á las estalactitas y á nosotros también; que en más de una ocasión dijo al más próximo: «¡Oye, aquí tú pagas y yo mando!» ó gritó al más apartado de la senda: «Ven aquí, *pijotero*, que desde aquí lo verás mejor!» Era la nota cómica en aquel drama de la naturaleza, la risa de aquellas tinieblas, el bufón de aquel palacio de la sombra, cuyas bellezas nos enseñaba con verdadero instinto de artista iluminando los sitios más notables y los lugares más hermosos, pero manoseándolos con familiaridad extrema, con la familiaridad de la costumbre. Trataba á las estalactitas y á las estalacmitas de su cueva como trata el sacristán á las imágenes de su iglesia, sin ningún respeto, pero con mucha gracia y poniéndolas en condiciones de llamar la atención de los fieles y sostener los rendimientos materiales y morales del culto.

Mientras llegaban á mis oídos las palabras del guía, como una música retozona, daba

yo vueltas en el interior de mi cerebro al espectáculo grandioso que había presenciado; y antojóseme que aquel mundo sombrío vivió en tiempos remotos la vida tumultuosa que nosotros vivimos hoy; que tuvo sus fiebres, sus entusiasmos, sus enervamientos, sus luchas, sus ambiciones, sus amores, sus odios...; que llevó al último extremo las vibraciones de su espíritu y las sacudidas de su materia...; que dominado al fin por esta última, cayó en el más asqueroso embrutecimiento y que vino un día en que toda aquella naturaleza pecó sin tasa contra los mandatos de su Dios: los hombres, las fieras, los insectos, los árboles, las plantas, las llanuras, las montañas, el mar; que habían llegado al límite del egoísmo, de la brutalidad en el desenfreno, que eran delincuentes, monstruosos, sin redención posible, y que Dios, queriendo castigar sus infamias con el más horrendo de los castigos, les privó de la luz para siempre.

Así veía yo aquel mundo, así me explicaba su actual situación, así el aspecto que ante mis ojos ofrecía. El castigo vino de pronto; la luz del sol se apagó de repente á un soplo de la divinidad; un crepúsculo vago brevísimo, formado por los rayos dispersos de luz que habían descendido á la

tierra alumbró por cortos instantes el terror general; luego vino la sombra, la catástrofe..., y aquel mundo, enloquecido por el terror, comenzó á andar á tientas, tratando de escaparse, de huir, hasta que comprendió lo inevitable de su desgracia, lo imposible de su salvación. Al comprenderlo, un pánico general se apoderó de todos. Los árboles se apretaron los unos contra los otros; las hojas quedaron inmóviles; las hierbas se reunieron en haces espantados; el mar encalmó su oleaje; los edificios se tambalearon cayendo sin concierto los unos encima de los otros; las fieras del bosque se arrojaron al suelo, entumecidas por el espanto; las aves permanecieron mudas sobre las ramas que las sostenían, con las alas abiertas y sin atreverse á volar, los insectos se agarraron al tallo de los vegetales con abrazo epiléctico; los hombres quisieron gritar y no encontraron eco donde resonara su voz; andar, y no supieron dónde poner el pie, y sobrecogidos por un espasmo nervioso, agarrotados por el más horrible de los estúpores, quedaron, donde les sorprendió la hecatombe, con la boca abierta, el cuerpo contraído y las manos tendidas hacia adelante en ademán de súplica... El viento se ocultó con susurro cobarde en el último rincón de la cueva, y la sombra,

la sombra eterna cayó sobre aquel mundo como la tapa de un ataúd sobre un cadáver.

Y allí está, quieto, inmóvil, mudo, convertido en piedra de puro contraer sus organismos todos, abandonado de Dios, sin que ningún ruido turbe el silencio pavoroso de su cárcel más que el de la gota de agua que cae sobre el lago, profiriendo un *chist* solemne, mandato imperativo de silencio perpétuo... ¡Allí está ese mundo siglos y siglos, purgando su culpa, esperando inútilmente el rayo de luz que ha de redimirlo...!

—¿Cómo le han gustado?—me preguntó *Peret*.

—Mucho—le respondí.

Hasta el *hostal* de Collbató estuve creyendo que *Peret*, era *El payés mallorquín* de las cuevas del Drach.

UN INFIERNO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
12
1625 MONTERREY, MEXICO



Un infierno

Aire puro y vivificante de la montaña, atmósfera limpia donde Monserrat se sumerge como en un baño de salud, ¡cuánta falta hacéis en aquel hoyo que Llobregat lame con sus aguas y el viento no refresca y el sol convierte en rescoldo negruzco, á cuyo contacto se calcina los pies!

Allí hacéis más falta que en parte alguna, generosos hijos del cielo. Sólo que allí no podríais vivir. El ambiente que á tales parajes envuelve, no está hecho para huéspedes como vosotros.

Para vosotros, acostumbrados á cubrir horizontes amplísimos, á orear bosques, á besar florestas, á embellecer alturas, fuera asesino

viaje dirigiros hacia aquel desfiladero de piteras y de guijarros, internaros por el camino infertil que la arena recubre al igual de los desiertos de Africa y revolver la terrible curva donde la tierra se transforma de polvo en ceniza, los guijarros de amarillos en negros, y las piteras de verde esmeralda en verde cobre.

No; vosotros no podríais visitar tales sitios. Os produciría bascas mortales proseguir la ruta y desembocar en una plazoleta carbonizada, al término de la cual, arrojando humo por múltiples bocas de ladrillo, vomitando fuego por cráteres de mampostería, despidiendo por todas sus rendijas asfixiante y pegajoso vaho, descúbrese un hacinamiento de piedras, algo mezcla de castillo feudal y ara de holocaustos inícuos, algo que, visto desde la lejanía, parece infierno hecho para que los malditos de un Dios purguen sus crímenes y achicharren sus almas, y visto de cerca es fábrica construída para que los trabajadores de un Amo prensen sus carnes y destruyan sus músculos.

Fábrica-infierno, moderna inquisición de seres humanos, entre cuyas paredes, que los rayos del sol abrasan por fuera y el combustible de los hornos por dentro, trabajan y se agotan y se embrutecen centenares de cria-

turas, con los cerebros petrificados por la ignorancia, la carne roída por la miseria, la sangre envenenada por la anemia, los músculos prisioneros de la ruda labor, el estómago víctima del hambre, el espíritu de la servidumbre y el corazón de la angustia ó del odio.

Allí están doce horas seguidas, hacinándose nerviosamente como animales en acoso, respirando dentro de los reducidos talleres una atmósfera enrarecida que para cien personas sería enfermiza y para quinientas es mortal. Allí están ellos, hombres, mujeres, niños: viejos que, por su edad, necesitarían descanso y por su penuria solicitan faena; mujeres casadas, que para nutrir las codicias de su patrono con los productos del telar, dejan de nutrir con su pecho y con sus caricias el corazón y el estómago de sus hijos; mozuclas que envuelven con velos de clorosis sus virginidades, antes de perderlas contra una saca de algodón; hombres de cuarenta años, á los cuales extienden las privaciones y la fatiga cédula de sesenta; mozos pálidos, á quienes el amor sólo concede segundos, porque las horas de tarea y las horas de sueño llenan casi por completo su día; niños, criaturas de diez y doce años que sufren la esclavitud de la fábrica, mientras

otros niños, más felices que ellos, saborean la libertad entre bocanadas de aire puro y mimoserías tibias del sol; chiquillas, en cuyos cuerpos se grabaron los signos crueles de la explotación antes que las líneas graciosas de la pubertad...; un enjambre humano que zumba y se retuerce y palpita y se afana, haciendo producir á la inmensa colmena de la que otros, y no sus fecundadores, extraerán la miel; un ejército de siervos que gimen bajo el látigo de la servidumbre y se consideran felices si durante la media hora de descanso que se les concede, tienen un cacho de pan y una rebanada de tomate que llevar á la boca, y si cuando llegan á sus casas, con las ropas empapadas en sudor y el alma en tristezas, hallan un camastro donde caer, donde quedar inmóviles, quietos, con so por cadavérico de máquina de carne, á la que se ha acabado la cuerda.

Visitando aquel edificio, aquella boca insaciable en su apetito de tragar hombres, modificarían mucho sus ideas los indiferentes, los que más por ignorancia de los hechos que por mala fe, llaman declamaciones á las quejas de los obreros, demagogos á sus defensores y padres del trabajador á los que le explotan.

¡Declamaciones!... ¡Buenos declamadores

están aquellos hombres inclinados sobre los hornos donde se fabrica el carburo, para revolver la masa candente con las abrasantes tenazas, y arrojarla, goteando llamas, en el molde, y volcar el pan de fuego bajo una atmósfera de cincuenta y sesenta grados de calor! ¡Buenos declamadores son aquellos rostros, convertidos en pergamino por las caricias de la lumbre; aquellas pieles rojizas, marcadas de costurones, de firmas, con que la llama certificó el paso de sus dolorosas caricias! ¡Buenos declamadores, aquellas frentes sudorosas, aquellos ojos que, por exceso de luz en los hornos van perdiendo poco á poco la propia; aquellos músculos retorcidos como manojos de sarmientos á medio quemar; aquellos seres mixtos de salamandra y trabajador!

¡Declamadores! Preguntad si son declamadores el fogonero, convertido en maniquí de ébano por el carbón; el maquinista esclavo de la máquina; los secadores, que reciben durante doce horas una lluvia de vapor asfixiante; los obreros y las obreras de los talleres, que respiran pelusas de algodón en vez de aire puro; los chiquillos y chiquillas, que manejan peligrosísimos aparatos, y parecen jugar con ellos, cuando es la muerte quien juega con sus inocentes

vidas en agraz! Preguntádselo. Que ellos respondan.

Y si no queréis preguntárselo, visitad la fábrica, ved á los obreros durante la faena, contemplad su incesante labor, respirad la atmósfera asesina que respiran ellos, seguid el movimiento mecánico de sus personas que, en fuerza de servir de máquinas, pierden la inteligencia y no disciernen la honradez; fijáos en los semblantes pálidos, en los cuerpos anémicos, en las almas amordazadas; examinad á los trabajadores cuando, con mano temblorosa, con ansias de bestia famélica, llevan á sus bocas, contraídas por el hambre, los mendrugos de pan, las ruínas piltrafas que constituyen su alimento; seguidlos á lo largo de la carretera, cuando vuelven á sus hogares con las cabezas caídas sobre el pecho y el andar premioso como recua vencida por ímproba jornada, y llamadles declamadores porque se quejan, y salvajes porque algunas veces traducen en hechos su desesperación!...

No se lo llamarais, y menos se lo llamarais aún si junto á la fábrica, y adosados á ella, contempláis el hermoso jardín y el hotel espléndido donde el patrono reside y obsequia á los visitantes de su finca, mientras los trabajadores se ahogan en los talleres, y las

chimeneas vomitan humo, y los panes de carburo relucen en la obscuridad como ojos vengativos y tenaces que aguardan su hora...